

quieta por tí, y he estado deseando tu llegada; he puesto una mesa debajo de un hermoso árbol, detras de la casita, y he estado cortando las mas deliciosas fresas, porque sé que te gustan mucho; tenemos escelente crema, y todo está muy sabroso, y aquí lo estará mas. ¡Oh! dijo ella, enlazando su brazo y mirándole amorosamente al rostro; serémos felices.

L*** estaba vencido; la estrechó contra su pecho, la enlazó con sus brazos, la besó una y mil veces; no podia hablar, pero las lágrimas se agolpaban á sus ojos.

Varias veces me ha asegurado que, aunque desde entónces le ha vuelto á sonreír el mundo, y ha vuelto á contemplar la prosperidad, jamas ha experimentado un momento de felicidad mas completa que aquel. El ha conocido que la felicidad no consiste en el vano brillo del mundo, sino en el amor puro y desinteresado de una esposa, que en medio de la adversidad es el ángel que enjuga nuestro llanto, y que reanima la esperanza casi estinguida en nuestro corazon por los pesares.



LA SALIDA DEL SOL.

TRAS los azules montes del Oriente,
Entre ligeras nubes de oro y grana,
Ahuyentando las nieblas se alza ufana
Del bello sol la brilladora frente.

Nuevo vigor naturaleza siente
Con el primer albor de la mañana;
El prado con mil flores se engalana,
De perfumes se llena el fresco ambiente;

Tiembla en el césped matinal rocío,
El nevado arroyuelo ya murmura,
Cantan las aves en el bosque umbrío:

Todo placer respira; la amargura
Huye del corazon, y el labio mío
Bendice al que sin fin mora en la altura.

Febrero de 1847.—O. PEREZ.

EL ÓRGANO.



LOS atambores y los clarines son el eco de la guerra asoladora; sus voces roncadas inspiran ese entusiasmo salvaje que hace mirar con furor la sangre humana: la flauta y la zampoña, con sus trinos melodiosos, escitan á los placeres del campo, llaman á la soledad á dulces contemplaciones, ó bien inspiran esas ideas apacibles de la antigua Arcadia: el violin es la música de las ideas profundas, la expresion de los sentimientos ardientes que agitan á la época presente, y en sus vibraciones prolongadas es la duda, es el escepticismo: el piano es toda una orquesta; pero á pesar de toda su armonía, nunca es demasiado expresivo; es la música de las tertulias de la alta sociedad, frívola y glacial como ella. . . . Cada

afecto, cada pasion tiene su música especial; tiene en ella un instrumento que la caracteriza. La música de los pueblos salvajes es imperfecta, porque hay menos ideas, porque el sentimiento está circunscrito á un limite demasiado estrecho.

En los templos de la antigüedad, en medio de ideas groseras de la Divinidad, era natural que la música fuese solo el lenguaje comun de los hombres. Las trompas guerreras resonaban en los templos de los Druidas; las mismas trompas se escuchaban en los altares de los Dioses fabulosos de Grecia y de Roma, y los antiguos pobladores del Nuevo-Mundo, adoradores del Sol, iban á ofrecerle sus danzas con las mismas armonías que empleaban en sus otras fiestas.

El cristianismo necesitaba su música, y en ella debía hacer una revolucion como la hizo en la poesía, en esa otra música menos vaga, menos indefinida de las pasiones.

En los templos del Hombre-Dios, no debían resonar las trompas de la guerra, porque él no es un Dios de horror y de sangre; no debían resonar las flautas, ni otros instrumentos campestres, porque no es un Dios pueril y vano como los hombres: á un Dios todo amor y paz, todo misericordia y caridad, debía rendirse un culto mas expresivo, mas tierno, mas patético, y esta emocion profunda es la que espresa el órgano. En sus mil voces hay acentos para todas las emociones; no hay fibra del corazon que no se estremezca al escuchar esa armonía sonora y misteriosa. . . . Lo oís á veces gemir y suspirar como susurra la brisa entre las flores, como llora la tórtola en las selvas; lo oís

despues bramar imponente como el Océano enfurecido; tronar como el rayo que aterra el universo; lo oís ménos grave, resonar como el eco de los torrentes, como el susurro de los árboles que coronan la montaña. Las voces todas, suaves ó apacibles, sensibles ó misteriosas de la naturaleza, las oís moduladas en las mil voces del órgano.

Parece á veces que se escuchan los cantos sublimes del Poeta Rey; otras, son las palabras aterradoras del Profeta; otras, parece el último gemido de los mártires; á veces hay un júbilo en aquellos sonidos que resuenan como el grito de alegría con que el pueblo de Israel recibe al Salvador; despues aquella armonía es fúnebre y de desolacion, como si el viento nos trajese los alaridos de dolor de la desdichada Jerusalem, de la ciudad deicida, cuando se cumplía su castigo, cuando veía que en su seno no quedaba ya piedra sobre piedra.

¡Qué bella, qué religiosa es esa música del órgano en los templos de los cristianos! Ella llena las bóvedas de las soberbias catedrales, que parece retiemblan conmovidas; ella acompaña la voz grave del sacerdote que repite los acentos poéticos de los libros sagrados, ó se confunde con los gorgoros tiernos de las vírgenes que, huyendo del fango del mundo, se consagran al Señor puras como los ángeles. Cuando arrodillados en un rincón oscuro del templo, oímos la voz del órgano resonar en las cúpulas y agitar el

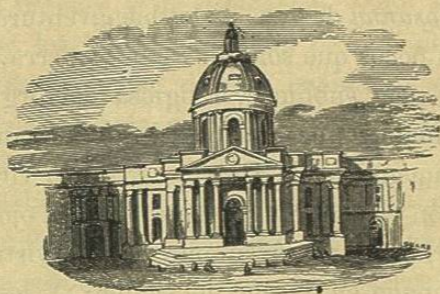
viento; cuando miramos en el altar reflejar mil luces, como estrellas; cuando miramos nubes de mirra é incienso flotar en el tabernáculo, tan bellos como los celajes de la aurora; cuando escuchamos allí los trinos del ceniztle ó del gilguero, y cuando contemplamos á todo un pueblo enternecido dirigiendo sus oraciones á los cielos, y sintiendo un alivio consolador á su infortunio, la impresion es profunda. La voz del órgano resuena en lo mas íntimo del corazón, y el alma se eleva poco á poco en alas de la fé, hasta perderse en las regiones de los arcángeles y de los querubenes. y todavía entónces la voz del órgano tiene magia y encanto; creemos escuchar la armonía inmortal de los cielos, el *Hosanna* de gozo de los bienaventurados. . . .

Aquellos pocos que son felices en la tierra, al escuchar la cadencia sublime y religiosa del órgano, deben experimentar una emocion dulce y tranquila de gratitud inmensa hácia Dios. La vírgen, ruborizada, con el pecho palpitante, con los ojos húmedos de lágrimas, amará su pureza y su virtud, y se soñará reclinada en el seno del Señor. ¡Y los que sufren! . . . los que han apurado el cáliz del dolor, los que han perdido sus doradas ilusiones, y han visto desvanecerse la esperanza; los que llevan consigo el tormento de la duda! . . . al escuchar aquellos acentos, al contemplar el cuadro del templo del Señor, sienten un alivio, un consuelo á su marti-

rio, y en su corazon miran renacer la esperanza y la fé. . . . La virtud se fortifica, el dolor se olvida, y nace el arrepentimiento de haber dudado impíos de la misericordia divina.

Resuenen las flautas en los campos, resuene el piano en los salones; pero escúchese siempre en el templo la voz misteriosa del órgano, porque ella aviva la fé, porque ella mitiga el dolor del desgraciado.

1850.—FRANCISCO ZARCO.



LA ESPOSA DE DIOS.

I.

¡VEIS los cándidos celages
Que nacen en el Oriente,
De nuestro cielo esplendente,
Con el albor matinal?
Pues mas bella vino al mundo,
Desde la mansion suprema,
Con su virginal diadema,
La divina Soledad.

Ostenta trenzas de oro,
Pupilas color de cielo;
A veces lleva por velo
La púrpura del pudor:
Es gallarda como el tallo
De la flor de Galilea,
Cuando en el jardin pasea
Al nacer el claro sol.